

6. Fundamentos de un análisis de clases posclasista

Las teorías y análisis de clases contemporáneos son los nietos del marxismo. Como Wright ha mencionado en la introducción, comparten con su antecesor sus grandes aspiraciones explicativas. Pretenden cartografiar y razonar la estructura de la desigualdad, especialmente en cuanto a las oportunidades vitales, consideradas desde una perspectiva económica, relacionando las desigualdades con las pautas de propiedad y las relaciones laborales. También intentan identificar las principales divisiones económicas que generan conflictos y especialmente aquellas subyacentes en los conflictos sociales transformadores. Dado este propósito deben competir con análisis y teorías alternativos, esto es, no de clase. Estas últimas incluyen conceptos y afirmaciones derivadas del legado teórico de Tocqueville, Durkheim y Weber: teorías ocupacionales de estratificación que se centran en la división social del trabajo y en la exclusión social; teorías de la desigualdad fundamentadas en el “estatus” que identifican fuentes axiológicamente convencionales de desigualdades y conflictos raciales, de género o etno-nacionales y teorías que se concentran en el poder político, jerarquías organizativas del poder y los conflictos y tensiones sociales que los acompañan. La convergencia parcial de competidores complica esta competencia. Como demuestran los capítulos anteriores, la herencia marxista clásica ha experimentado una serie de reformulaciones que difuminan los límites analíticos originales entre clases, ocupación, estatus y poder político. Por lo tanto, cualquier interpretación de una confrontación teórica o analítica entre explicaciones clasistas y no clasistas de la desigualdad, las divisiones y los conflictos sociales tiene que establecerse sobre la base de ciertas distinciones definitorias, a menudo cuestionadas. Aquí asumimos que la clase es un fenómeno primordialmente económico, que se refleja en pautas de “grupos” sociales, que la situación de clase se refleja en la conciencia, identidad y antagonismo sociales y que genera acciones en los ámbitos económico y político con un potencial de transformación del capitalismo.

Definidos de esta manera, la teoría y el análisis de clases se enfrentan a dos grandes problemas: el de la validez, esto es, el grado de confirmación empírica de sus principales proposiciones y el de la relevancia, es decir, su capacidad para resaltar los temas más prominentes de la jerarquía, la división y los conflictos sociales contemporáneos. La teoría de clases recibe críticas en ambos aspectos y especialmente en el de la relevancia¹. De acuerdo con sus críticos, su capacidad de resaltar los principales aspectos de la jerarquía (la división y el conflicto social) vienen disminuyendo. Esto sucede porque la “formación de clases”, especialmente las articulaciones políticas y sociales de las clases trabajadoras, están desapareciendo. Otros aspectos de desigualdad y antagonismo sociales cobran mayor protagonismo reflejando divisiones de raza y género, el impacto de la ciudadanía, la distribución del poder político y las acciones de las élites². En consecuencia, y en contraste con su predecesor clásico, el análisis de clases contemporáneo, se ha convertido en una dedicación académica desconectada de las prácticas políticas de movimientos sociales y partidos.

Los defensores del análisis de clases argumentan, de forma convincente en muchos aspectos, que hay que actualizar y desarrollar los modelos de clase clásicos. Las bases de dichas teorías y modelos actualizados presentadas por Erik Wright, Richard Breen, David Grusky y Aage Sørensen muestran el gran potencial teórico y analítico de los sistemas de clases. Y sin embargo, sus autores se enfrentan a varios dilemas. En primer lugar existe un dilema de identidad: cuanto más válidos y relevantes son dichos sistemas de clase, más similares se hacen a sus competidores más cercanos, especialmente a los análisis weberianos y los durkheimianos de estratificación ocupacional y de estatus. Esta transformación analítico-teórica³ suscita la cuestión de si una “teoría de clases” despojada de sus elementos característicos debería se-

¹ Pakulski y Waters (1996a, b, c), Clark y Lipset (2001).

² La mejor demostración de relevancia es la capacidad del análisis de clases para aclarar las principales transformaciones del siglo pasado, como la formación de estados comunistas, el surgimiento y la derrota del fascismo, la ampliación de la ciudadanía, la movilización de “nuevos” movimientos (por los derechos civiles, el feminismo, el ecologista y los derechos de las minorías), la caída del comunismo europeo, la unificación de Europa y la movilización- de los integristas religiosos.

³ Identificada, entre otros, por Waters (1991) y tratada con más detalle en Pakulski y Waters (1996b).

guir llamándose “teoría de clases”. El segundo dilema es el de las compensaciones explicativas: cuanto más detalladas sean las afirmaciones analíticas y teóricas, menos capacidad tendrán de resaltar y explicar las características más notables de la jerarquía y el antagonismo social. De ahí las frecuentes “yuxtaposiciones” entre los análisis de clases actualizados y los que no son de clase (de género, de raza, ocupacionales, políticos, etc.), que suscitan nuevas dudas sobre la relevancia de los sistemas de clases. Parece que la teoría y análisis de clases se enfrentan a los peligros de asimilarse a sus competidores o seguir siendo mejorados hasta que ya no se los reconozca.

La estrategia que propongo difiere bastante de la que proponen los defensores de las clases. En vez de reconstruir, actualizar y “desarrollar” la teoría y el análisis de clases, propongo incorporarlos a una visión teórica e histórica del orden y el cambio social más amplia, compleja y plural pero menos determinista. El primer paso de dicha inclusión es una descripción de la clase como concepto histórico-analítico, lo cual requiere ubicar la clase en una secuencia de desarrollo histórico como una configuración social concreta de la desigualdad típica de la era industrial. En otras palabras, la propuesta es que el “carácter de clase” de las desigualdades sociales y, por lo tanto, la relevancia del análisis de clases varíen en función del periodo histórico. Como señalo en la conclusión, el “carácter de clase” tuvo su punto álgido en la sociedad industrial y viene disminuyendo a medida que se afirman las tendencias posindustriales y posmodernas. Las sociedades avanzadas contemporáneas también son desiguales, pero sin clases. En este artículo, defiendo que estas configuraciones crecientemente complejas de la desigualdad y el antagonismo sin clases requieren sistemas teóricos y analíticos más amplios⁴.

Aspectos de las clases

Aunque en el lenguaje cotidiano “clase” sea sinónimo de jerarquía social y desigualdad estructural en general, en el análisis social y en el discurso académico tiene significados más concretos. Estos significados (el “halo”

⁴ Perfil dichos sistemas con más detenimiento en Pakulski (2004). A continuación bosquejo tan sólo los fundamentos del análisis al margen de las clases.

semántico del concepto de clase), reflejan normalmente los enunciados centrales de la “fórmula clásica”:

- la importancia crucial de la propiedad y las relaciones laborales (la estructura de clases) en los procesos de desigualdad social, esto es, en la distribución del poder de la sociedad y en las oportunidades económicas en general y los ingresos en concreto;
- la importancia crucial de la estructura de clases al moldear otras relaciones sociales y actuar como matriz de “estructuración social”. Esto implica “formación de clases”, es decir, una correspondencia entre la estructura de clases por un lado y las pautas de “grupos” sociales por el otro y
- la importancia crucial de la estructura de clases al configurar el antagonismo social y el conflicto abierto. Esto implica que el conflicto de clases y la lucha de clases dan forma a las divisiones sociopolíticas y siguen siendo los principales propulsores del cambio social.

De esta caracterización de la clase surgen tres cuestiones: acerca de la relativa fuerza de los rasgos de clase para el acceso a “recursos de poder” fundamentales y, por lo tanto la relación entre la clase y la jerarquía social; acerca de la relativa fuerza de la formación de clases y por lo tanto de la relación entre clases y divisiones sociales y acerca de la relativa importancia del antagonismo de clases al moldear los conflictos sociales. En consecuencia, los debates sobre la relevancia del concepto de clase en el análisis de las sociedades contemporáneas avanzadas no solo tocan los asuntos concernientes a la “desigualdad de clases”, esto es, la desigualdad que se atribuye al funcionamiento de la estructura de clases (normalmente definido a través de las relaciones de propiedad/empleo), sino también el tema de la “formación de clases” y el “conflicto de clases”. Las clases no son tan solo posiciones estructurales, sino colectividades reales y antagónicas.

¿Qué relevancia e importancia tienen los rasgos clasistas de las desigualdades frente a los no clasistas? ¿Qué peso tienen las divisiones de clase frente a otras divisiones sociales, por ejemplo las ocupacionales, raciales o etno-nacionales? ¿Qué fuerza e importancia tienen las identidades de clase frente a clasificaciones no clasistas, esto es, de género, regionales, religiosas? ¿Cuáles son las tendencias en su relativa importancia política y social? Los partida-

rios de un análisis de clases actualizado, especialmente Wright, aducen que mientras que la clase es importante, su grado de relevancia política y social varía y puede ser modesto. Sin embargo, si resultase que la relevancia de las clases no sólo es relativamente baja, sino que está disminuyendo, se socavaría la justificación misma para reconstruir y mejorar la teoría y el análisis de clases. La inversión intelectual en otros modelos sería más rentable para mejorar los resultados explicativos.

Entre las alternativas más comúnmente planteadas al análisis de clases encontramos los análisis “multidimensionales” weberianos de estratificación, los análisis de diferenciación ocupacional de Durkheim, los enfoques de Tocqueville concentrados en la sociedad civil y los estudios de estratificación de poder y formación de élites. Aunque algunos de estos los han tratado Erik Wright, Richard Breen, David Grusky y Elliott Weininger como plataformas para un análisis de clases actualizado, defenderé a continuación que resulta más útil considerarlos como bases teóricas para explicaciones *alternativas* (no de clase) de la desigualdad y el antagonismo en las sociedades avanzadas.

Fundamentos clásicos de análisis sociales (no clasistas)

La visión que tenía Alexis de Tocqueville (2010) de las desigualdades sociales y de sus dinámicas modernas es, en muchos sentidos, la imagen especular de la visión marxista de clases. Donde Marx pronosticaba polarización de clases, Tocqueville esbozó una progresiva igualación de condiciones, expansión de las prácticas democráticas y proliferación de las leyes y actitudes igualitarias. Esta nivelación progresiva, según Tocqueville reflejaba la influencia acumulativa de los valores cristianos, el comercio y la industria en expansión, el aumento de la riqueza, el creciente poder de la sociedad civil (asociaciones cívicas) y la democratización progresiva de la cultura. Sostenía que la interacción y la movilidad social se estaban haciendo frecuentes y abiertas, era posible acceder a la posesión con facilidad y la propiedad estaba repartiéndose de forma más igualitaria. El nuevo orden social (“democrático”) no era tan solo igualitario sino también individualista. El individuo pasó a ser el centro de las iniciativas y no las colectividades corporativas. Esto promovió una individualización y una masificación

progresivas de los objetivos, los gustos, las preocupaciones y la acción. En otras palabras, la igualdad y la democracia promovían la “semejanza” y esta característica suponía un impulso más hacia la igualdad social. Bajo la triunfante democracia republicana, predecía Tocqueville, la “pasión por la igualdad” se extendería a todos los ámbitos de la vida y todos los aspectos de las relaciones humanas, incluyendo las esferas política, laboral y doméstica.

Los estudiosos contemporáneos de desigualdad social prestan especial atención al análisis de Tocqueville de una nueva forma de jerarquía social que emerge en la democracia republicana. Entre sus características hay cinco especialmente prominentes. En primer lugar es llana, porque la ciudadanía universal se refleja no sólo en el sufragio universal, sino también en la “democracia de las formas”. Los ciudadanos modernos desprecian la arrogancia y cuestionan toda pretensión de superioridad. La uniformidad y la informalidad en las formas se vuelven comunes en todos los estratos sociales, lo que fomenta un alto grado de movilidad social, que es la segunda característica de la jerarquía democrática. En la democracia republicana, la movilidad social ascendente se da principalmente mediante el éxito económico y goza de gran reconocimiento. El éxito y su síntoma más evidente, la riqueza, son objeto de admiración popular. Dichas percepciones se refuerzan aún más mediante la nivelación de estatus ocupacionales, que es la tercera característica de la jerarquía republicana. Se libera el acceso a las profesiones en un sentido social, sobre todo porque la mayoría de los profesionales son empleados. Las divisiones de casta se debilitan o desaparecen. Aunque sigue habiendo desigualdad en cuanto a riqueza, esta no da lugar a distanciamiento o divisiones sociales. Los nuevos ricos no forman una nueva aristocracia elevada y asilada y no monopolizan los privilegios políticos. La riqueza y el poder están formalmente separados, aunque son comunes las prácticas corruptas, tales como la compra de cargos públicos y la apropiación de los despojos políticos. En cuarto lugar, la nivelación de jerarquías y el acortamiento de las distancias sociales se reflejan en la masificación de la educación y la difusión de la información pública. La escolarización es abierta, se concibe la educación como una vía fundamental de avance social y la amplia alfabetización sienta las bases de la prensa popular. Esto a su vez fomenta la formación de la opinión y la participación pública informada. Por último, las tendencias democráticas afectan también

a la división de género: el paternalismo se desmorona y las mujeres van adquiriendo mayor independencia, aunque el matrimonio aún les impone “ataduras irrevocables”. Tocqueville formula tras esto, un audaz enunciado: “creo que el movimiento social que acerca al mismo nivel al hijo y al padre, al sirviente y al amo, y en general al inferior y al superior, eleva a la mujer y debe hacerla cada vez más igual al hombre” (2010, p. 996).

Tocqueville añade dos puntualizaciones a esta visión de “igualdad de condiciones” progresiva (que podríamos denominar “desigualdad sin clases”). En primer lugar se muestra escéptico con la posibilidad de integración racial, incluso pese a predecir él mismo la abolición de la esclavitud. Lo que considera más probable es una segregación y un antagonismo informales alimentados por las aspiraciones democráticas de la población negra. En un tono aún más pesimista, predice la persistencia de la segregación de los nativos americanos así como la progresiva destrucción de sus culturas, todo ello, como apunta con sarcasmo, respetando los derechos humanitarios. En segundo lugar, también duda de las perspectivas de igualdad entre los trabajadores y la élite del mundo de los negocios. Sin embargo, aunque no están unificados, no parece probable que ninguno de los dos grupos se convierta en una clase social cohesionada. Los trabajadores están demasiado divididos para formar colectividades cohesionadas; la élite de los negocios es demasiado cambiante, está demasiado fragmentada internamente por la competencia y es socialmente demasiado heterogénea para formar un grupo cohesionado⁵.

Los análisis marxista y tocquevilleano revelan dos facetas de las jerarquías sociales modernas y ofrecen dos visiones paradigmáticas de las tendencias modernas. Para los marxistas las divisiones de clase marcan una forma nueva de opresión jerárquica, explotación y dominación que se oculta tras una fachada de “contratación laboral voluntaria”, ideología liberal y costumbres igualitarias. A los marxistas se les reconoce el haber destapado estos aspectos ocultos de la desigualdad social moderna y el haber atribuido la

⁵ “A decir verdad, aunque haya ricos, la clase de los ricos no existe, porque esos ricos no tienen espíritu ni objetivos comunes, ni tradiciones ni esperanzas comunes. Hay miembros, pero no un cuerpo [...] No están situados a perpetuidad el uno cerca del otro. A cada instante, el interés les aproxima y les separa.” (2010, p. 930)

desigualdad de clases a las características centrales del capitalismo moderno: la propiedad privada del capital y la mercantilización de la fuerza de trabajo. Los hallazgos de Tocqueville son igual de relevantes y profundos: en la sociedad moderna, las desigualdades económicas coinciden con la nivelación de costumbres y estatus civiles y aquellas eclipsan a estas. La democracia republicana genera nuevas jerarquías de riqueza pero también tiende puentes sobre los abismos sociales que genera la riqueza industrial en expansión. El principal problema al que se enfrenta la sociedad moderna no es la división de clases sino la división civil entre los déspotas políticos elegidos democráticamente y los ciudadanos políticamente impotentes ocupados con asuntos materiales⁶.

Emile Durkheim (1933) ofrece otra alternativa al sistema analítico y teórico de clases. Durkheim considera las desigualdades sociales en el contexto de una diferenciación social progresiva que es producto de las crecientes interacciones sociales o “densidad moral”. El hecho de que las nuevas funciones sociales que emergen en este proceso de diferenciación estén organizadas de forma jerárquica es, para Durkheim, menos importante que el *modo* de esta organización. Mientras que en las sociedades tradicionales las jerarquías sociales son rígidas y están justificadas mediante la ideología, en las sociedades modernas son abiertas y normalmente tienen una legitimación funcional.

Durkheim estableció una importante distinción entre desigualdades socialmente aceptables, esto es, aquellas que eran funcionales para el orden industrial y reflejaban valores e ideales colectivos y aquellas impuestas de forma arbitraria. En el sentido más general, las primeras reflejaban la distancia desde lo “sagrado”: las ideas, objetos y fórmulas distinguidas como especiales, prohibidas y asombrosas. Identifica más adelante estos ámbitos sagrados con los valores sociales primordiales, las normas universalmente aceptadas. Las desigualdades sociales son socialmente legítimas si reflejan los valores sociales. En las sociedades modernas, los cimientos que conforman los valores se perciben en las referencias a los “méritos”: inversiones, dedicación y eficiencia. En contraste con estas, las desigualdades ilegítimas, y Durkheim incluye entre ellas una amplia gama de discriminaciones re-

⁶ Tocqueville analizó este riesgo en sus estudios sobre la “democracia despótica”.

pudiadas tanto por socialistas como por liberales, carecían de ese apoyo en los valores o eran el resultado de una “división forzosa del trabajo”, una etiqueta que se aplica a la jerarquía y los privilegios no meritocráticos.

Para Durkheim, las desigualdades sociales relacionadas con la distribución desigual de la propiedad eran legítimas. A diferencia de Marx y de Weber, Durkheim concedía a la propiedad un carácter sagrado/religioso y consideraba que los privilegios de esta quedaban legitimados por el peso de condición sagrada que la propiedad les concedía. Las exclusiones jurídicas que implican los derechos de propiedad revelan, según Durkheim, vínculos claros con tabús y rituales antiguos. De forma similar, nuestro autor relacionaba las jerarquías de género con el reino sagrado de la clasificación popular y las taxonomías simbólicas que modelaban las percepciones y las distancias, especialmente las que se dan entre el “nosotros” y el “ellos”. Los estudios de Durkheim de esas “clasificaciones primitivas” conformaron las bases teóricas de la antropología social de la desigualdad a las que más adelante recurriría Pierre Bourdieu.

De forma similar, Durkheim también sostenía que las desigualdades políticas, especialmente las relacionadas con las funciones en el Estado, conservan muchas trazas de lo sagrado, así como legitimidad funcional. Los jefes de Estado tienen esa aura de autoridad sagrada de que disfrutaban los jefes tribales y los *pater familias*. Al mismo tiempo, el papel especial que desempeña el Estado, como “cerebro de la sociedad” requiere la autoridad y autonomía de las elites estatales. La jerarquía política desde este punto de vista se refuerza mediante su importancia funcional (coordinación social) y mediante los vínculos con el reino de lo sagrado. Este es el motivo por el cual el acceso a estos puestos de autoridad ha de llevarse a cabo de forma ritualizada. Los aspirantes deben demostrar su aptitud para el puesto haciendo gala de sus méritos y cursando con éxito un *cursus honorum* preestablecido.

La segunda gran contribución de Durkheim a la sociología de la desigualdad es relativa a la forma y evolución de las jerarquías ocupacionales. Durkheim eleva la diferenciación social (la célebre “división del trabajo”) a la posición de proceso constitutivo de la modernización. Como consecuencia de esta, se fragmentan las grandes unidades sociales como los estamentos, los gremios y *las clases*. Así que, en contraste con Marx, Durkheim predice

la fragmentación y descomposición de las colectividades jerárquicas y la proliferación de las agrupaciones ocupacionales. También predice que las relaciones entre agrupaciones ocupacionales tenderán a ser armoniosas en vez de conflictivas, dada la creciente regulación de la competencia económica por las asociaciones ocupacionales y el Estado. Los grupos ocupacionales se convierten en los elementos centrales del nuevo sistema de estratificación porque otorgan identidad, estatus y recompensas materiales. Además cuentan con el apoyo del Estado que se convierte en un agente principal de estabilidad y cohesión social.

Según Durkheim el “polimorfismo moral” y el individualismo progresivo, este último reflejado en la importancia creciente de los derechos individuales, también contribuirán a dar forma a jerarquía social. Le preocupaba, sin embargo, la evidente amalgama de grupos ocupacionales en “asociaciones de intereses” de gran escala y potencialmente conflictivas. Dichas entidades no encajaban bien en las sociedades modernas y “orgánicamente solidarias”, dado que dependían de vínculos “mecánicos” derivados de un “interés común” fundado en la ideología. Así, pese a que reconocía la “ventaja injusta” de que disfrutaban los empleadores, Durkheim consideraba que era poco probable que se diese una formación de clases y una polarización de la sociedad. El principio de solidaridad de clase era incompatible con el de diferenciación social y la ideología antagonista de la lucha de clases chocaba con el sentido de complementariedad que engendraban los vínculos orgánicos⁷. En vez de formación de clases y conflicto, Durkheim predijo una diferenciación ocupacional gradual y en su mayor parte armoniosa (aunque siempre amenazada por la anomia) secundada por una regulación estatal.

David Grusky (2001, p. 18; y cap. 3, más arriba) sigue de cerca el camino trazado por Durkheim y propone que consideremos las ocupaciones como las unidades básicas de la jerarquía social moderna. Los constructos a gran

⁷ Si una clase de la sociedad está obligada, para vivir, a hacer aceptar a cualquier precio sus servicios mientras que la otra puede pasarse sin ellos, gracias a los recursos de que dispone, y que, por consiguiente, no son debidos necesariamente a alguna superioridad social, la segunda impone injustamente la ley a la primera, dicho de otra manera, no puede haber ricos y pobres de nacimiento sin que haya contratos injustos. (Durkheim 2001, pp. 450-1).

escala como las clases son nominales y, a diferencia de las ocupaciones, no forman agrupaciones reales y significativas. Las ocupaciones son el producto de una distinción espontánea y de la agrupación social “orgánica”. Forman “comunidades morales” genuinas (en vez de simples asociaciones) y engendran fuertes identidades. Además, el Estado reconoce y auspicia a las ocupaciones y estas se implican en todo tipo de decisiones sobre remuneraciones. Asimismo sirven como vía para aspiraciones profesionales y promueven la similitud en los estilos de vida, gustos y consumo. Incluso si temporalmente se amalgaman en clases a gran escala, dichas amalgamas son frágiles.

La posición de Grusky se vuelve más problemática cuando sugiere que las ocupaciones deberían considerarse como “auténticas clases”. No queda claro qué beneficio se obtendría al fundir los términos y conceptos de clase y grupo ocupacional. Su intento de formular una teoría Durkheimiana de la explotación (a través de la obtención de rentas) es todavía más problemático porque va en contra del funcionalismo durkheimiano que subyace en la idea general de la diferenciación ocupacional. Esta proposición separa a Grusky de la sociología de la diferenciación ocupacional de Durkheim y le acerca a la teoría de exclusión de mercado de Weber. Sostiene, al igual que Parkin (1979) y Murphy (1988), que los grupos ocupacionales y profesionales se convierten en los principales agentes de exclusión (que puede considerarse tanto explotadora como defensiva).

Sin embargo, existe una diferencia crucial entre la diferenciación funcional y la exclusión. La primera es una resolución de conflictos espontánea (reducir la competencia) y la segunda requiere conflicto e imposición. Los grupos ocupacionales sólo se muestran como grupos antagonistas similares a las clases cuando se los considera vías para lograr la exclusión. Así que la teoría de la exclusión ocupacional y la obtención de rentas sólo pueden formularse prescindiendo de los preceptos básicos de la teoría de Durkheim. Y esta separación supone un coste teórico. Al abandonar el planteamiento durkheimiano de diferenciación funcional, Grusky pierde capacidad de explicar los *orígenes* de las agrupaciones ocupacionales y, lo que es más, se enfrenta a las evidencias de la mengua de la exclusión (“desregulación” estatal) y el declive del conflicto industrial en las sociedades avanzadas, que

además parecen coincidir más con las tendencias que Durkheim anticipó que con las predicciones de las teorías de la exclusión.

Las bases principales del análisis no clasista de la desigualdad y el conflicto social las estableció Max Weber, especialmente en sus valiosas, si bien poco sistemáticas, notas en *Economía y sociedad* (1978). Lo más llamativo de esas notas y lo que tanto los weberianos de izquierdas como los críticos marxistas a menudo pasan por alto, es su tono polémico. Weber rechaza las afirmaciones generalizadoras de Marx acerca de la importancia universal de la desigualdad de clases, la explotación, la división y el antagonismo. También formula una visión alternativa de la estratificación social en la que las dotaciones de los mercados, junto con las convenciones culturales del honor y el poder organizativo, especialmente dentro del Estado, moldean el poder social y las oportunidades vitales. Estos diversos “generadores” pueden actuar individualmente, en cuyo caso las desigualdades sociales siguen un principio de distribución dominante o pueden combinarse y producir complejas gradaciones de poder social y oportunidades vitales. Sea como fuere, el mercado, el estatus o las posiciones de poder rara vez establecen matrices para la formación de grupos. Los últimos implican el ámbito cultural de los significados (Weber 1944, pp. 246, 683-94).

Tanto Weber como sus seguidores han argumentado de forma convincente a favor de mantener una separación analítica entre los tres “generadores” y sus respectivas dimensiones de desigualdad social —clase, estatus y partido— y de considerar la estratificación social y la formación de grupos como algo complejo y contingente. Normalmente han mantenido este debate con los analistas de clases marxistas que pretenden incluir los tres generadores bajo el concepto único de clase y que a menudo dan por sentado el isomorfismo entre posiciones desiguales y la estructura social⁸. Los

⁸ En la modelación de las pautas de desigualdad social, el modo de estratificación y el tipo de sociedad en general, lo importante es la relativa preponderancia, la relativa prominencia de las esferas generadoras de relaciones. “Una sociedad se llama ‘estamental’ cuando su articulación social se realiza preferentemente según estamentos, y ‘clasista’ cuando su articulación se realiza preferentemente según clases” (Weber 1944, p. 246). Weber describió la mayoría de sociedades históricas que analizó —de hecho, todas excepto las de estilo occidental moderno— como “sociedades estamentales”, esto es, sociedades en las que las desigualdades principales no son las de clase.

weberianos también avisan de que no hay que asumir que se dé correspondencia entre la estructura de la desigualdad, las pautas de formación de grupos y las regularidades de la acción social. Weber avisa de que rara vez coinciden estos tres elementos. Por ejemplo, las “clases sociales” reflejan las barreras de movilidad e interacciones sociales y sin embargo a menudo cruzan esos límites. De forma similar los “grupos de estatus” se forman sobre la matriz de los estilos de vida y pautas de consumo y por norma general no responden a distinciones de clase.

Junto con los teóricos “clásicos” de las elites (Vilfredo Pareto, Gaetano Mosca y Robert Michels), Weber resalta también la importancia esencial del poder político como aspecto clave en las desigualdades sociales en las sociedades modernas. Todos ellos mantienen que es el poder político, especialmente el poder del Estado moderno, el que normalmente afianza los privilegios sociales en la sociedad moderna. El poder no sólo deriva del control sobre los medios de producción y las dotaciones del mercado, sino que también, y cada vez más, de la organización, esto es, del control de los medios de dominación política. Por lo tanto, la organización social trae consigo, de forma inevitable, a las elites, oligarquías cohesionadas y solidarias en las cúspides de las grandes organizaciones. Pese a que el abismo entre la elite y las masas seguirá siendo amplio, incluso en las sociedades formalmente democráticas, las jerarquías del poder tenderán a crear un resistente sentido de legitimidad al acogerse a los procesos formalmente democráticos. Es posible que el igualitarismo sin clases sea un sueño ideológico, pero sí pueden existir una jerarquía política abierta y una elite democrática responsable.

La sociología weberiana del poder supone una plataforma práctica desde la que realizar tanto una crítica de la teoría de clases como un análisis social alternativo de la desigualdad, la división y el antagonismo. Las principales “estructuras generadoras” de desigualdad social en la sociología weberiana son el mercado/propiedad y las relaciones comunitarias y de autoridad. Cada una refleja respectivamente; derechos de propiedad y libertades del mercado, los valores establecidos y las convenciones de distribución de dignidades y la fuerza de las burocracias corporativas (especialmente en el Estado). Todas juntas, forman matrices histórica y socialmente variadas para la distribución del poder social y las oportunidades vitales de cada

individuo. Sin embargo, estas matrices no se corresponden necesariamente con las formas en que se establecen las relaciones sociales, en que se dan las agrupaciones, aparecen las divisiones y surgen los antagonismos sociales. Estos aspectos de la formación jerárquica social reflejan los procesos autónomos de agrupación y exclusión sociales, formación de identidad y solidaridad, distanciamiento cultural y organización política, todo ello incorporado en los sistemas conceptuales dominantes. Las divisiones sociales pueden seguir pautas de mercado de clase, así como modelos étnicos, regionales (nacionales), de ideologías partidarias, raciales o religiosos, sobre lo que hacen hincapié los neoweberianos contemporáneos (por ejemplo, Giddens 1973, Scott 1996) y los teóricos del espacio social y la asociación diferencial (Laumann 1973, Stewart, Prandys y Blackburn 1980).

Estructuras complejas de desigualdad

La desigualdad social puede variar en el grado de complejidad (la interacción de los distintos “generadores estructurales”) y en el grado de articulación social y formación de colectivos sociales. La estratificación social, esto es, el punto hasta el que la desigualdad social se organiza en jerarquías perdurables, también es variable. Así como la articulación sociocultural de los niveles jerárquicos, a través de pautas de identidades compartidas y asociación diferencial. Cuando la articulación sociocultural es débil, esto es, cuando los límites entre estos niveles son confusos, la solidaridad y la identidad de grupo son débiles, las líneas se entrecruzan y las divisiones son caprichosas, las desigualdades sociales pueden tomar formas complejas y desestructuradas. Sostenemos aquí que la modernidad tardía supone un giro en esta dirección de desigualdad compleja, lo cual requiere una revisión de nuestros conceptos sobre desigualdad, división y antagonismo sociales. Los aspectos principales de dicha revisión son:

Reconocer la multiplicidad de estructuras generadoras

Como señala la mayoría de analistas de la modernización industrial, y Max Weber en particular, las clases siempre han coincidido y competido con otros aspectos de la desigualdad (1944, pp. 251-2, 683-94). Aunque se

pueden trasladar los recursos de poder fundamentales de unos a otros, rara vez se acoplan y cristalizan en jerarquías y divisiones coherentes. Esto sucede porque las clases, el estatus y los partidos derivan de aspectos distintos de las relaciones sociales y tienen fórmulas diferentes que legitiman la distribución de recursos sociales. La clase se atiene a la fórmula “a cada cual en función de sus propiedades y las habilidades comercializables que posea”. No atiende a consideraciones de estatus y, por lo tanto, es revolucionaria en sus consecuencias sociales. Las jerarquías de partido/autoridad descansan sobre el principio de “a cada cual en función de su rango en el escalafón”, que es la distancia que le separa de los centros de poder jerárquicos. Las burocracias de los Estados modernos son generadores especialmente eficaces de dicho tipo de escalafones y constituyeron la columna vertebral de la estratificación de los Estados socialistas. Por último, las reivindicaciones de estatus siguen la fórmula “a cada cual en función de las convenciones sociales establecidas”. Dichas convenciones de distribución asimétrica de estatus suelen estar basadas en la tradición (por ejemplo: interpretaciones tradicionales de textos sagrados, costumbres establecidas, etc.), pero también evolucionan con nuevas formas de “distinción” socialmente reconocidas.

Reconocer el impacto de la educación y el conocimiento

Al escribir acerca de grupos de estatus en la Europa de principios del siglo XX, Weber mencionó, aunque brevemente, nuevas formas de “protección de los títulos” educativos.

La creación del diploma por parte de las universidades, escuelas de ingenierías y de negocios y el clamor universal para el establecimiento de certificados de educación en todos los campos resulta en la formación de un grupo de privilegiados en despachos y oficinas. Dichos certificados respaldan las pretensiones de sus titulares sobre matrimonios entre familias distinguidas, las adhesiones a “códigos de honor” [...] pretensiones de una remuneración respetable, en vez de una por el trabajo bien hecho, exigencias de seguridad en el progreso y en la tercera edad y, sobre todo, pretensiones de monopolizar las posiciones económica y socialmente ventajosas (Weber 1948, pp. 241-2).

El éxito de las titulaciones depende de que se sea capaz de mantener, defender y hacer valer los derechos de los titulares. Como recalcan tanto We-

ber como sus seguidores contemporáneos (especialmente Harold Perkin y Frank Parkin), las demandas de estas categorías, especialmente las de los profesionales evocan el principio de la distribución (“de acuerdo con los títulos”). Sin embargo, también se enfrentan y cuestionan las viejas reivindicaciones de estatus basadas en las tradiciones. Por lo tanto, los grupos emergentes de estatus educativo son muy ambivalentes, cuando no directamente hostiles con respecto a las reivindicaciones en función de tradición o clase. Así, aunque la circunscripción profesional se sirve de monopolios de mercado, también rechaza los “nudos derechos de propiedad”. De manera que las profesiones en la actualidad, los intelectuales y los gerentes constituyen agrupaciones por estatus más que por clases.

Dichos grupos contemporáneos de estatus operan en los contextos secular y legal-racional. Reflejan la ubicua ideología liberal de igualdad de oportunidades y méritos. Podría argumentarse que esta ideología casa mal con los principios de clase. Estos han de ajustarse a distinciones de estatus, según señalan los teóricos socioculturales de clase, como Pierre Bourdieu, los analistas de estratos de la reputación, como Edward Shils, los teóricos del capital humano, como Gary Becker y los estudiosos del posindustrialismo, como Daniel Bell. El estatus especial de la educación (la educación superior reglada en particular) proviene de su función privilegiada como una “escala de méritos” conveniente en vez de origen de habilidades comercializables. La educación superior en concreto se convierte en el articulador social clave del principio universal de los logros y los méritos. La función esencial de la educación es inherente a la ideología liberal que asocia la educación con el mérito y también la refuerza⁹.

Reconocer el impacto de la ciudadanía y la democracia

El análisis de Tocqueville de la “igualdad de condiciones” progresiva estableció una base para los análisis contemporáneos de desigualdad civil y po-

⁹ Las categorías educativas no sólo se convirtieron en notables posiciones de estatus, sino también en fuertes matrices de formación social (hecho que se puede confirmar al considerar el vigor de la homogamia educativa, las redes de amistad y la movilización política. Véanse los estudios sobre los nuevos movimientos sociales).

lítica. Paradójicamente, como señalan los estudiosos de la ciudadanía y la democracia, la ampliación de la ciudadanía acarrea cierta nivelación social, pero también un nuevo tipo de jerarquía y división. Convergen en este asunto las intuiciones de Tocqueville con las ideas de Weber, aunque Tocqueville relaciona las nuevas tendencias “despóticas” con la debilidad de la sociedad, mientras que Weber atribuye dichas tendencias a las corrientes “plebiscitarias” de la democratización en masa y la supremacía burocrática. Tanto los estudiosos de Tocqueville como los de Weber consideran que la estratificación política es transversal y en cierta manera, se superpone a las jerarquías de estatus tradicional y las divisiones económicas de clase.

El análisis de Tocqueville anticipa los análisis históricos de Weber del estatus civil igualitario que surge de la expansión histórica de las ciudades y los Estados-nación occidentales. Marshall (1950) analizó la expansión de los derechos civiles en el Reino Unido y Turner los generalizó (1990). Aumentó la cobertura y el alcance de la ciudadanía. Tras conceder libertades sociales básicas, vino la ampliación de derechos en los dominios político y social. En concreto, los derechos sociales/del bienestar enfrentaron a la ciudadanía con el “poder de la propiedad” y la “fuerza de la liquidez” influyendo de esta manera en las pautas de desigualdad social. Aunque la mayoría de los analistas sociales ve esta expansión de la ciudadanía como fuente de tendencias igualitarias, otros remarcan las implicaciones jerárquicas. La aparición de los no-ciudadanos —refugiados, inmigrantes ilegales, solicitantes de asilo y los *Gastarbeiter*, a quienes se acepta, pero no se les concede derecho de sufragio— marca la formación de una nueva “infraclase” social y resalta la nueva dimensión de la estratificación mediante la exclusión cívico-política.

El impacto de las relaciones de género y raciales

La naturaleza cambiante de las desigualdades de género y etno-raciales merece mención aparte. Ambas son similares a las “desigualdades de estatus”, han surgido y provienen de las convenciones sociales tradicionalmente reforzadas por la ideología e implementadas en ancestrales prácticas sociales discriminatorias, especialmente en el ámbito familiar-doméstico. Las normas culturales tradicionales y los valores subyacentes han reproducido

las desigualdades de género. Por eso están más arraigadas en las sociedades tradicionales (a menudo precapitalistas) y por eso también los cambios en las relaciones de clases (por ejemplo, los que siguieron a las revoluciones rusa y china) no las alteraron de modo significativo. Por el contrario, el abandono de la tradición, asociado con la expansión del racionalismo, el individualismo y la secularización contribuyen a disminuir las diferencias entre géneros.

Las desigualdades de género y etno- raciales se siguen propagando en la esfera pública y esto suscita las perspectivas “de género” y “raciales” de las ocupaciones, sectores del mercado y roles políticos. Sin embargo, rara vez producen estratos de género o raciales. En vez de eso, la perspectiva de género de las ocupaciones y de sectores del mercado ilustra la hibridación de estratificación social que contribuye a aumentar la complejidad de las pautas contemporáneas de desigualdad. Esta hibridación supone la interpenetración de dos mecanismos de estratificación de manera que se hace muy difícil separar los efectos causales de cada uno de ellos. Así, la expansión de los mecanismos del mercado transforma a este en un dominio “casi cultural”. A su vez, las convenciones de estatus formadas fuera del ámbito del mercado se articulan como “capacidades de mercado” a través de restricciones y ayudas en las condiciones de trabajo ampliamente aceptadas y normalmente dadas por supuestas. En otras palabras, el funcionamiento del mercado refleja normas y relaciones comunales formadas fuera del ámbito laboral. Al mismo tiempo, estas mismas normas y relaciones se legitiman y se refuerzan a través de los lemas del mercado de la eficiencia, productividad, etc.

Como muestran estos ejemplos, la hibridación no atañe únicamente a la interpenetración entre el mercado y las relaciones sociales. Una interpenetración similar se da entre los sistemas de mando del mercado y las normas de la comunidad. Por ejemplo, la concentración de la producción industrial ha supuesto el surgimiento de posiciones de gerencia corporativa. Las oportunidades vitales de los directivos corporativos son una función de las habilidades comercializables, ubicación jerárquica, tamaño y posición estratégica de la corporación. Esto es especialmente relevante cuando se combinan la jerarquía privada y la del Estado en el proceso de fusiones

corporativas (como las que tuvieron lugar a mediados del siglo XX en Europa)¹⁰.

Estratificación y formación social

La creciente hibridación anuncia la descomposición de las clases industriales y el simultáneo alejamiento de la sociedad de clases. Esto se refleja en una pauta cada vez más compleja de formación jerárquica de grupos —estratificación social— que debemos considerar a continuación.

La estructuración social se refiere a unas pautas verticales: la jerarquía social añadida a la división social. Los grupos de posiciones desiguales se unen mediante proximidad social y se separan debido a las distancias sociales. También hace referencia a los *procesos* de agrupación social y de exclusión. Dichos procesos son reversibles; las pautas cambiantes de la desigualdad implican desestratificación y reestratificación siguiendo esquemas de clases y esquemas no clasistas.

Agrupación social y circunscripción

En el proceso de estratificación social, las desigualdades adquieren forma de jerarquías sociales estables, relaciones estructuradas de superioridad e inferioridad, inclusiones y exclusiones sistemáticas y distanciamientos y proximidades sociales. Aunque es un asunto de naturaleza gradual “la estratificación propiamente dicha” sólo surge cuando existe al menos una mínima formación social, esto es, una pauta vertical relativamente clara y estable a través de agrupaciones y circunscripciones sociales. Carece de sentido hablar de una sociedad estratificada en ausencia de “estratos sociales” reconocibles.

Las agrupaciones suelen conllevar solapamientos de diferentes aspectos de la desigualdad que facilitan el reconocimiento social. La agrupación so-

¹⁰ Ralf Dahrendorf (1959), C. Wright Mills (1951, 1956) y los contemporáneos teóricos de la élite han analizado el surgimiento de las élites corporativas y sus subordinados, el estrato de los “trabajadores de cuello blanco”.

cial implica el establecimiento de distanciamientos y proximidades sociales perdurables. Así, la estratificación de clases, especialmente en el Reino Unido a finales del siglo XIX, implicaba lo que podríamos llamar “usurpación (y degradación) de estatus” a través del aumento de solapamientos y convergencias entre clases y posiciones de estatus. La fusión a través de matrimonios de la burguesía industrial con los terratenientes es un ejemplo y la degradación del estatus de artesanos y trabajadores industriales es otro.

Siguiendo la senda de Weber podemos decir que las peculiaridades de los estratos sociales dependen del grado de exclusión social, la capacidad de los miembros de cada estrato de restringir las interacciones sociales significativas y de la exclusión socio-demográfica, la capacidad de reproducción de las sucesivas generaciones. Los mejores indicadores de exclusión social han sido los matrimonios cruzados y la continuidad generacional en los roles económicos. Los matrimonios cruzados entre estratos socialmente reconocidos, sean clases, grupos de estatus o formaciones políticas, refuerzan la reproducción de estratos. Dicha reproducción también la facilita la formación de un hábito sociocultural a través del cual, la diferenciación y los estigmas sociales adquieren sentido y legitimidad, aunque, como apunta Bourdieu, nunca carecen de oposición.

La atención de los sociólogos contemporáneos de la estratificación se centra en las “clases ocupacionales”, esto es, las agrupaciones verticales de posiciones que se forman en la matriz de la división técnica del trabajo así como en las relaciones de propiedad y empleo¹¹. Se ha investigado a fondo la formación de clases ocupacionales y algunos críticos afirman que sus límites son porosos y variables. Cuando se consolidan suele ser a causa de la titulación. Sin embargo, dicha titulación suele seguir la lógica de formación de grupos de estatus, especialmente si supone certificación educativa o legitimación meritocrática (como señala Turner 1988). De forma similar, los estratos raciales y étnicos (por ejemplo, los negros en los EE.UU., los

¹¹ Debemos recordar, sin embargo, que los elementos de estatus también influyen en la formación de las clases sociales. Lo que hace que las agrupaciones resultantes sean clases sociales es la matriz inicial sobre la que crecen, o dicho de otra manera, las bases sociales de inclusión-exclusión, así como (aunque sea más difícil de establecer) el tipo de motivaciones e intereses que intervienen (en el caso de las clases sociales fundamentalmente los “intereses de clase”).

chinos en Asia oriental o los aborígenes australianos) pueden considerarse como ejemplos contemporáneos de estratos similares a los de estatus: se fusionan y cortan transversalmente las jerarquías sociopolíticas. Las élites y la “clase política” contemporáneas son ejemplos de agrupaciones sociales verticales en dichas jerarquías que se forman en torno a las posiciones de influencia política¹².

Los estudiosos de las clases ocupacionales señalan una proliferación de agrupaciones sociales con estructuras poco rígidas y organizadas en sentido vertical. Esta proliferación refleja la progresiva diferenciación (el principio central de la sociología de Durkheim) que erosiona la homogeneidad interna de las agrupaciones ocupacionales de gran escala, como obreros de la industria o trabajadores del campo. Mientras que en el pasado dichas agrupaciones pueden haberse asimilado a las clases, las divisiones ocupacionales actuales son demasiado débiles y están demasiado fragmentadas para alcanzar esa asimilación. La formación social parece seguir una pauta de diferenciación progresiva de naturaleza tanto técnica como social.

Comunidades y grupos

Hasta ahora hemos tratado el primer aspecto de la formación social, esto es la agrupación y la exclusión. Ambos son aspectos que admiten gradación. Conllevan lo que Holton (1996) y Turner (1996) (siguiendo la distinción clásica de Tönnies) llaman agrupaciones y estratos *gesellschaftlich*. Las agrupaciones *gemeinschaftlich* requieren una estructura social más recia, que supone una articulación sociocultural: desarrollo de identidades y solidaridades colectivas. Dicha estructura recia se consigue normalmente a través del liderazgo y la organización. Cuando las categorías sociales adquieren dichas identidades y solidaridades, un acontecimiento contingente y poco frecuente, se transforman en comunidades y pueden también dar origen a actores colectivos organizados, normalmente partidos o movimientos.

¹² Los estratos partidocráticos y las *nomenklaturas* políticas en las sociedades comunistas también son buenos ejemplos de dichos estratos. Véanse los teóricos de la élite clásicos y, en el contexto de análisis de clases, la obra de Wesolowski, por ejemplo (1977).

La formación de comunidades y grupos está en el centro de la perspectiva de estratificación social. Desde una perspectiva durkheimiana, la estratificación requiere la formación de solidaridades y distancias internas y externas a los grupos y los consiguientes procesos de evaluaciones sociales y clasificación en relación a los valores dominantes. Esta tendencia de análisis apunta a tres aspectos interrelacionados del proceso de estratificación: clasificación social y establecimiento de límites, evaluación con concesión/demanda de consideración social que refleje la “distancia con lo canonizado” y formación de la identidad interna y la cohesión. Estos procesos requieren la existencia de representaciones colectivas sólidas y de normativas internas.

La sociología durkheimiana de la desigualdad presta más atención a la clasificación popular y al establecimiento de límites que a la clasificación vertical, esto es a la “estratificación propiamente dicha”. Esto refleja la conocida observación de Durkheim de que especialmente aquellos que se consideran socialmente perjudicados siempre combaten las escalas jerárquicas. Las comunidades y los grupos pueden formar escalas jerárquicas “consensuadas” o no hacerlo. Si lo hacen, estas escalas —que reflejan los valores comunes (o la distancia a lo sagrado)— son precarias. La interacción entre la diferenciación social (formación horizontal de grupos) y la estratificación (ordenación y clasificación vertical en conflicto) es el tema favorito de los estudiosos de las distancias y solidaridades sociales¹³.

¹³ Vid. Bourdieu (1984) y Bottero y Prandy (2003). Como expusieron Durkheim (por ejemplo 1933, pp. 356-8) y sus seguidores, la incesante división del trabajo genera diferenciación y estratificación *ocupacionales*. Lo que puede llevar a “divisiones sociales de clase” cuando la diferenciación se combina con una separación y aislamiento “patológicos” (en opinión de Durkheim), cuando la “división social se convierte en dispersión” y cuando falla la regulación normativa. La formación de las “clases trabajadoras” (en plural) y el conflicto industrial con los empleadores son sintomáticos de esa división a gran escala de la industria. Sin embargo, Durkheim también ve una tendencia hacia la diferenciación e integración regulada normativamente, en especial en el clima de propagación del “culto al individuo” y “conciencias colectivas” muy diferenciadas (pluralismo de valores). Como afirma Parsons, la pauta de estratificación ocupacional resultante es altamente fluida, compleja y diversa. La formación de estratos sigue “marcos evaluativos” sociales y locales, operando por lo tanto, de acuerdo con el principio de estatus en vez del de clase.

Las perspectivas neoweberianas y de élite resaltan la formación de comunidades verticales dentro de las jerarquías de poder nacionales. Ambas consideran que son complejas y contingentes, y que los estilos de vida compartidos, canales de comunicación, enemigos comunes y el liderazgo eficaz son factores clave para mejorarlas. El síntoma principal de los lazos comunales es una identidad compartida respaldada por el reconocimiento popular. Dicha identidad y la consiguiente autoidentificación forman las bases de la acción solidaria. Quizá los mejores ejemplos de agrupación de poder común sean las élites políticas. El escaso nivel de cohesión interna y “de grupo” es, de hecho, una característica de las élites.

Los grupos comunales jerárquicos no son frecuentes porque su formación y reproducción social consumen grandes cantidades de energía y recursos colectivos. Las distancias sociales se cultivan mediante la interacción planificada y las diferencias de estilos de vida (Weber). Las comunidades también dependen de la reproducción cultural de clasificaciones y la reiteración ritual de los valores compartidos (Durkheim). No es de extrañar pues, que los mejores ejemplos de dichos estratos comunes normalmente sean los grupos de estatus históricos como las castas indias “clásicas”. Los dos ejemplos contemporáneos de agrupaciones *gesellschaftlich* a gran escala —las naciones y las asociaciones profesionales— no se prestan fácilmente al análisis de estratificación. Rara vez han tenido éxito los intentos de identificar estratos *gesellschaftlich* contemporáneos a nivel subnacional, especialmente en las sociedades avanzadas.

Esto a menudo desemboca en una distinción altamente problemática entre aspectos “objetivos” (estructurales) y “subjettivos” (significativos) de la jerarquía social. Por ejemplo, los defensores de la estructura de clases a veces presentan a estas como algo independiente de la conciencia (a menudo falsa) de actores/sujetos y tan solo vagamente relacionadas con las percepciones y normas sociales y las pautas reales de asociación. También lo encontramos en ciertos críticos simpatizantes del análisis de clases, como Beck (1992) y Eder (1993), que ven las clases como sub-estratos materiales “objetivos” en los que crecen varias formas de identificaciones “subjettivas”, orientaciones culturales y estilos de vida altamente individualizados. Los riesgos de dicha opción son, que si no se especifican los vínculos “mediadores”, se debilita el potencial explicativo de la teoría de estratificación y se

abre la puerta a otras teorías complementarias de formación de identidades, orientación cultural y estilos de vida. Bourdieu (1984) sugiere algunos de esos “mediadores” y teorías complementarias, e insiste en que en la “formación de clases” media primero el habitus y luego las clasificaciones populares¹⁴. El problema reside en que los compuestos causales que intervienen pueden funcionar de ambas maneras. Por lo tanto no queda claro si el habitus y las clasificaciones populares modelan el espacio social (la distribución de los múltiples capitales) o si aquellos son modelados por este y tampoco hasta qué grado puedan suceder ambas situaciones. Mientras que los defensores más ortodoxos de la teoría de clases consideran que el “substrato” material-económico es el factor decisivo en la formación de significados, algunos revisionistas como Bourdieu sugieren compuestos causales más complejos y admiten determinaciones socioculturales.

Los actores sociales

Los actores sociales principales son las elites y los grupos políticos organizados, incluyendo aquellos que representan a los movimientos sociales y a los grupos de presión. A veces se atribuye el estatus de actor colectivo a las comunidades estratificadas, sean ocupacionales o de clase, étnicas, cívicas o híbridas. Pueden usar consignas de clase —esto es, movilizar los intereses y solidaridades generados en los puestos laborales y las capacidades del mercado— de estatus, del poder, de la política o una combinación de distintos llamamientos. Los llamamientos a la exclusión étnica o racial y la discriminación, como en el caso de los derechos civiles y los movimientos de las minorías, los llamamientos a una religión o raza compartidas, como los movimientos integristas anti-occidentales, son ejemplos de dichas estrategias mixtas de movilización.

¹⁴ Como señala Brubaker (1958, p. 761): “El espacio conceptual en el que Bourdieu define la clase no es el de producción, sino el de las relaciones sociales en general. Las divisiones de clase no se definen en función de las distintas relaciones con respecto a los medios de producción, sino en función de las condiciones de vida, los distintos sistemas de disposiciones que producen los condicionamientos diferenciales y la diferente dotación de capital”.

El surgimiento de actores colectivos anuncia la profundización de las divisiones sociopolíticas. Lipset y Rokkan (1967) nos recuerdan que las principales divisiones sociopolíticas de Occidente se crearon en las revoluciones nacionales e industriales. La revolución industrial generó fuertes divisiones de clase (propietario-trabajador) y sectoriales (agricultura-industria). La plasmación de estas divisiones en Europa ocurrió a principios del siglo XX y la llevaron a cabo las elites que utilizaron con éxito consignas de clase. Estas elites y las organizaciones que dirigían, se habían “emparejado” y habían organizado agrupaciones verticales identificadas como circunscripciones de clase. Las elites apelaban a los “intereses de clase” comunes de estas agrupaciones, centraban los debates en temas de trabajo y producción, subrayaban las implicaciones políticas de los derechos de propiedad y el poder asimétrico en los contratos laborales y asociaban sus programas a conjuntos ideológicos que plasmaban la polaridad izquierda-derecha¹⁵. Mientras que la configuración de clases ha alcanzado mucho éxito en el pasado a la hora de generar movimientos y partidos “de la clase trabajadora” (así como algunos movimientos políticos de “clase media”), siempre compitió con otras configuraciones alternativas establecidas con criterios nacionales, regionales, religiosos, cívicos y étnicos. Estos últimos han resultado predominantes en las últimas décadas del siglo veinte, como demuestra la exitosa movilización de movimientos sociales “nuevos” que han hecho surgir nuevos partidos políticos y han aupado al poder a nuevas facciones de la élite.

Formación social diversa

Estructuradas de esta manera, las desigualdades varían en grado de complejidad y articulación social. En un sentido elemental, implican jerarquías sociales imprecisas que se forman en torno a recursos distribuidos de forma desigual. Las formas de desigualdad estructuradas (la estratificación social) implican un mínimo de agrupación vertical. En un sentido más elaborado, la estratificación social supone la emergencia de agrupaciones comunitarias

¹⁵ Véase el modelo de Clark y Lipset (2001). Junto con los teóricos de la elite, Sartori (1969) hace hincapié en el proceso de estructuración desde arriba.

estratificadas (el proceso que se asocia con la formación de identidades colectivas manifiestas y firmes). Los estratos comunitarios también pueden hacer surgir actores sociales colectivos. Este proceso es continuo y reversible, como evidencian el ascenso y declive de movimientos de clase, partidos y elites. El solapamiento de desigualdades y divisiones puede reforzar la estratificación mientras que las desigualdades complejas y transversales contribuyen a la desestratificación, especialmente cuando se combinan con movilidad abierta. La desestratificación y reestratificación suelen coincidir: antiguas pautas y configuraciones ceden terreno frente a otras nuevas.

El grado de formación social de las agrupaciones jerárquicas tiende a variar en diferentes puntos de los sistemas de estratificación. Normalmente, la formación social es más rígida en lo alto de las jerarquías sociales, donde se forman las elites. De hecho, la estructura social rígida (consenso, cohesión e interacción) suele considerarse como una de las características de las elites. Los estratos superiores también forman círculos sociales, organizaciones, clubs y otros grupos de estatus con grados de exclusividad dispares. Los niveles medio e inferior tienden a estar menos estructurados socialmente y a menudo se los describe como “masas medias flexibles.

Tipología de configuraciones de la desigualdad

Se puede asumir un grado mínimo de formación social por debajo del cual se hablaría acerca de simple desigualdad social, en vez de estratificación social. Pese a que dichos juicios sobre lindes son forzosamente arbitrarios, una distinción tipológica entre desigualdad y estratificación resulta muy útil para trazar las tendencias sociales de desestratificación en oposición a las de reestratificación. Stanislaw Ossowski (1963, pp. 89-118) y Dennis Wrong (1976, pp. 5-16) han planteado dichas tendencias en el contexto de un debate acerca de la relevancia del concepto de clase. Acuñaron los términos “sociedad sin clases no igualitaria”, “desigualdad sin estratificación” y “desigualdad sin clases”. Mantenían que las desigualdades sociales pueden adquirir una forma desestratificada así como formas estratificadas que no sean de clase. Estas configuraciones de desigualdad pueden resultar de la supremacía de grupos de estatus o de formaciones políticas y/o de la descomposición de las antiguas clases y los estratos sociales.

La desaparición de los estamentos pre-modernos (“ordenes sociales”) en Europa supuso un buen ejemplo de desestratificación seguido por reestratificación y formación de la clase industrial. Esta última etapa se complicó por el hecho de que las menguantes jerarquías estamentales dejaron tras de sí aristocracias y noblezas residuales, así como “estratos de estatus” específicos de “intelectualidad” urbana. Otro ejemplo de desestratificación fue la supresión del orden de clases tras la toma del poder político y las revoluciones en las sociedades de tipo soviético. Aquello acarreó la “eliminación” de las clases y estratos altos y vino acompañado de un rápido ascenso de la estratificación de formaciones políticas, especialmente el surgimiento del funcionariado del partido-Estado y la *nomenklatura*.

Cuadro 6.1 *Tipología de las formas de desigualdad*

Estructuras generadoras	Formación social	
	Alta/Fuerte	Baja/Débil
“Generador” único/dominante y baja complejidad	estratificación dominante (sociedad de clases)	desigualdad dominante
“Generadores” múltiples/híbridos y alta complejidad	estratificación compleja/híbrida	desigualdad compleja “sin clases”

La pauta de variación de las configuraciones de desigualdad queda resumida en el cuadro 6.1. La tipología propuesta resulta de un corte transversal de las dos dimensiones: (i) el grado de complejidad, el predominio de un tipo de “generador” y el concurrente principio dominador de distribución de los recursos y (ii) la fuerza/grado de la formación jerárquica social que hemos dividido en fuerte y débil. La relación de estos dos factores origina cuatro tipos: estratificación dominante, desigualdad dominante, estratificación híbrida y desigualdad compleja (cuadro 6.1).

Así abrimos la puerta a una definición más precisa de conceptos fundamentales. En la sociedad de clases, las desigualdades más destacadas son las generadas por la propiedad y el mercado y hay un alto grado de formación de clases. Las desigualdades en oportunidades vitales de los individuos se reflejan, sobretudo en su estatus de propiedad y las dotaciones de mercado; las oportunidades vitales del hogar/familia se reflejan en las dotaciones del

cabeza de familia. El honor y la influencia se siguen de la posición de clase; las divisiones sociales surgen en torno a los límites de clase y las desigualdades. Cuando la formación está consolidada, la conciencia y la identidad de grupo se reflejan en la organización y las acciones solidarias (política de clases). Este modelo es muy similar al propuesto por los analistas de clase marxistas y —como confirmamos más abajo— las sociedades de Europa del Oeste se aproximaron bastante a él a finales del siglo diecinueve y durante la primera mitad del veinte.

La desigualdad de clases se caracteriza por el predominio de generadores de desigualdad de clase junto con una débil formación social, una articulación social de clases débil. Aunque el poder de la sociedad se distribuye sobre todo siguiendo el criterio “a cada cual de acuerdo con lo que posee y sus dotaciones de mercado”, no hay grupos, divisiones o conflictos discernibles. Se podría argumentar que este tipo de desigualdad es característica de periodos de grandes cambios sociales y transiciones. Marx y Engels mantenían que las sociedades occidentales de principios del siglo diecinueve eran similares a este modelo, al menos en cuanto a la articulación de las “grandes clases” se refiere. Mientras los principios de distribución de estatus se debilitaban y las desigualdades de clase empezaron a hacer sombra al sistema estamental, la formación de clases era todavía embrionaria.

La desigualdad social compleja y la estratificación híbrida se refieren a configuraciones en las que no predomina un solo sistema de desigualdad. En cambio, las oportunidades vitales se forman en torno a combinaciones de clase, estatus y posiciones de autoridad. Los estratos ocupacionales de género y los segmentos de mercado así como las zonas “subclase” específicas en cuanto a raza y etnia son buenos ejemplos de dichas configuraciones híbridas de desigualdad. Si las agrupaciones son sólidas y los estratos sociales se desarrollan en torno a las combinaciones complejas de posiciones estamentos frente a estratificaciones complejas/híbridas. Para clasificar dichos estratos con cierto grado de precisión se precisan múltiples categorías, como por ejemplo: “mujeres inmigrantes no cualificadas”, “negros urbanitas de cuello blanco” o “los intelectuales católicos”.

Como cualquier otra tipología general e ideal, esta sólo supone una ayuda parcial a la hora de zanjar el debate sobre las clases: traza el mapa del campo analítico pero no ayuda a establecer límites efectivos. Se podría objetar

también que dicha tipología está amañada, que hace menos realista el tipo de estratificación dominante (incluyendo la “sociedad de clases”), menos propensa a ser identificada que otros tipos. Al fin y al cabo, los críticos pueden argumentar que las desigualdades de clase y las divisiones *siempre* han coincidido con las divisiones generadas por las relaciones comunitarias y las autoritarias movidas por el Estado y que, por lo tanto, una configuración similar sería poco común. Existen dos respuestas a estas objeciones. En primer lugar, que no entienden la cuestión. Pese a que no se especifiquen los “juicios de los límites”, la estratificación y la desigualdad de clases *se admiten* como posibilidades realistas, tan realistas como cualquier otra configuración. De hecho, más adelante mantenemos que las formas de desigualdad en Europa occidental a comienzos del siglo veinte eran muy similares a las de una sociedad de clases. Dichas formas perduraron tras las guerras mundiales hasta las décadas posteriores, reproducidas sobre todo a través de los esquemas sociopolíticos en un contexto de negociaciones corporativistas. En segundo lugar, esta tipología pretende delinear *tendencias* en vez de encasillar *casos*. A esos efectos, su generalidad y su naturaleza ideal-típica no suponen un impedimento.

Quizás la aseveración más controvertida algo más arriba sea que las desigualdades sociales en las sociedades contemporáneas avanzadas se aproximan cada vez más al cuarto tipo que se muestra en el cuadro 6.1, esto es a la desigualdad compleja (“sin clases”). Esto significa que las desigualdades sociales en dichas sociedades se forman cada vez más sobre múltiples matrices híbridas y que la formación social es débil y resulta en jerarquías múltiples, continuas y transversales y en grupos débilmente articulados y variables. Esta tipología también ha sido objeto de estudio bajo la nomenclatura de “jerarquía de estatus-convencional” sujeta a la *fragmentación* y la *contingencia* (Pakulski y Waters 1996c). El cambio hacia una estratificación compleja debe considerarse en el contexto histórico de desestratificación y descomposición de clases que trataremos a continuación.

Tendencias modernas - Breve historia de las clases

Como afirma Weber, el proceso de formación de clases en Europa occidental, especialmente la formación de comunidades de la clase trabajadora, manifiesta una coincidencia un tanto singular de concentración espacial,

buena comunicación, noción clara del “enemigo de clase” y, sobre todo, liderazgo político e ideológico ejercido por la élite política de los movimientos socialistas. Los dirigentes y activistas políticos de estos movimientos lograron convencer a amplios grupos de trabajadores manuales (sobre todo del sector industrial) de que compartían intereses políticos y económicos y de que deberían involucrarse en los programas de reconstrucción social que proponían. La conciencia, la solidaridad y la identidad de clase fueron, en gran medida, logros políticos. Reflejaban las condiciones laborales relativamente uniformes del *sistema fabril*, la proximidad territorial y, sobre todo, las nuevas oportunidades que brindaban la burocratización y democratización de los Estados-nacionales en el contexto de las movilizaciones bélicas. Incluso en la época en que las diferencias funcionales, ocupacionales y de estilos de vida erosionaban los aspectos comunitarios subyacentes de las condiciones laborales y los estilos de vida, la unidad y la identidad de clase pudieron mantenerse mediante la organización política y los nuevos reclamos ideológicos. Parafraseando a Pizzorno, fue la identidad de clase inculcada a través de la política lo que permitió a los dirigentes definir y apelar a los intereses de clase comunes. Esta base política e ideológica la reconocían incluso los sectores más radicales de la clase trabajadora, los bolcheviques. Para Vladimir Lenin y Georg Lukács era el partido (y concretamente la cúpula del partido) quien representaba verdaderamente a la clase trabajadora y sus intereses.

Emile Durkheim anticipó la fragmentación de las “clases trabajadoras”. La cohesión interna (solidaridad) de dichas clases era de una naturaleza mecánica-ideológica. La articulación social de las divisiones y los conflictos de clases reflejaba condiciones anómicas de las primeras etapas de la industrialización en vez de una tendencia “normal”. Durkheim predijo que la diferenciación funcional progresiva y el individualismo erosionarían los aspectos comunitarios del trabajo y los intereses y que el Estado, a su vez, promovería agrupaciones ocupacionales y sindicales. El proceso de cambio social, combinado con la ingeniería social (regulaciones normativas impulsadas por los grupos ocupacionales, la educación, las actividades del Estado y el avance de las religiones cívicas) debería desdibujar y desdibujaría las identidades y divisiones de clase globales. La ciudadanía social y el nacionalismo se convertirían en los rivales ideológicos de la solidaridad de clase.

Estas predicciones han demostrado ser correctas en su gran mayoría. Los procesos de diferenciación social, individualización progresiva y gradual incorporación a la fuerza laboral de las minorías raciales y de las mujeres, comenzaron a socavar la formación de clases desde el segundo cuarto del siglo XX. Lo mismo sucedió con la ampliación de derechos de los ciudadanos, especialmente los derechos sociales o del bienestar. La vida de las clases sociales se prolongó sobre todo gracias a la organización ideológica y política: ideologías con referencias de clase, programas de partido orientados a las clases y élites de ánimo clasista. Las “políticas de clase” persistentes supusieron un salvavidas en tiempos de rápida diferenciación de condiciones laborales y estilos de vida. El corporativismo liberal facilitó esta perpetuación sociopolítica de las identidades de clases patrocinando partidos y políticas de clase (el “conflicto de clases democrático” y los negocios corporativos). Paradójicamente también redujo los conflictos de clase al insistir en su regulación institucional (Dahrendorf, 1959). Estos conflictos se transformaron en rituales de negociaciones y acuerdos colectivos. Estas clases estatalizadas y organizadas por el sistema político sobrevivieron hasta el advenimiento de la ola de desregulación y nuevas políticas de los años 70.

La idea de que las clases sean entidades organizadas ideológica y políticamente puede sonar a los teóricos marxistas como algo herético. Sin embargo, puede ayudarnos a explicar los diagnósticos recurrentes de descomposición (Dahrendorf), fragmentación (Lipset) de clases y mengua de las políticas de clase (Clark). Nos permite ver cómo la formación de clases se vio debilitada primero, por la diferenciación ocupacional y la fragmentación del mercado, socavada después por la simplificación de las negociaciones corporativas y por último destruida por la descomposición de las élites de clase, las organizaciones (partidos y sindicatos) y las ideologías. Este último aspecto surge de la decadencia del corporativismo y el auge de la globalización. Estos procesos históricos de descomposición de la sociedad de clases se pueden resumir en tres etapas:

- I. Comienzo de la industrialización de las sociedades modernas (capitalismo liberal), en el que las divisiones de clase se solapaban con las divisiones estatales y de esta manera incrementaban la formación de clases sociales. La formación social y política es más

intensa en ambos extremos del espectro social/de poder: la clase de los trabajadores manuales y la burguesía industrial. La ideología liberal (al enfatizar la igualdad de oportunidades) y la ciudadanía política desgastaron las divisiones estatales marcando la transición de la estratificación estatal a la de clases.

- II. Sociedades industriales modernas (capitalismo organizado), en el que las divisiones de clase son fuertes y están políticamente articuladas (partidos de clases, movimientos, ideologías, etc.). Las jerarquías burocráticas y profesionales se combinan y solapan con las divisiones de clase. El estado gestiona las desigualdades nacionales ordenadas a través de las negociaciones corporativas. El desarrollo industrial y la urbanización contribuyen a la articulación de las clases medias. Sin embargo, la diferenciación ocupacional y la segmentación del mercado progresivas conducen a la fragmentación de las grandes clases, lo cual anuncia la transición de la estratificación de clases a la estratificación híbrida.
- III. Sociedades posmodernas tardías y postindustriales (capitalismo desorganizado), en la que se descomponen las clases industriales. El colapso de los pactos corporativos, la globalización, la intensa diferenciación social y el progresivo individualismo provocan una mayor descomposición y desestratificación de clases (ideológica y política). Las desigualdades de estatus convencionales que surgen en el proceso son variables, como en un bazar de estatus, lo cual anuncia una transición de una estratificación híbrida a una desigualdad compleja (sin clases).

Hacia la desigualdad compleja (sin clases)

El desplazamiento hacia la tercera etapa marca un cambio en la configuración de las desigualdades sociales. Si aceptamos una analogía geológica (que subyace en la concepción de la estratificación), la posmodernidad sería un terremoto que destruye las formaciones de clase y estatus que hasta entonces habían estado bien articuladas, agrupadas y establecidas en niveles apropiados. Tenemos que replantear la misma noción de estratificación para adaptar la imagería y los conceptos a una configuración social de

desigualdades complejas y sin embargo menos estratificada y menos organizada en términos de nación.

El cambio posmoderno tardío surge principalmente de diferenciación social que en su naturaleza es funcional, social y moral¹⁶. La diferenciación no sólo implica la especialización de funciones, la aparición de nuevas distinciones y la formación de nuevas líneas divisorias, sino también una creciente transparencia de este proceso, una creciente reflexividad y conciencia del carácter convencional y social del proceso de formación de dichas líneas divisorias. Esta transparencia despoja al proceso de diferenciación social de su “naturalidad”. También hace que la reproducción social de distinciones centralista y las líneas divisorias sociales sean cada vez más problemáticas. Por consiguiente, dichas separaciones se hacen parciales y variables y su persistencia depende del refuerzo a través de la organización. Puesto que esta última resulta cara (tanto en el sentido económico como en el social), se obstaculiza la formación social. Las nuevas convenciones de estatus generadas mediante el proceso de diferenciación carecen de permanencia; las normas no se aceptan y las líneas divisorias son móviles y porosas. Como sostiene Pierre Bourdieu, los límites de lo que llama “clases contemporáneas” son como llamas trémulas.

La diferenciación continua e intensa socava las formaciones sociales existentes. La fragmentación y la especialización de tareas vienen acompañadas

¹⁶ La lógica de estos procesos ha sido el tema central del análisis de clases desde Emile Durkheim hasta Pierre Bourdieu. Entre los elementos innovadores se incluyen: 1) la especialización flexible que erosiona la consistencia en las tareas ocupacionales y la homogeneidad de las categorías ocupacionales. La proliferación de roles que requieren flexibilidad y capacidad de adaptación. El aumento del ámbito del empleo flexible. 2) La ampliación del alcance y la diversidad de las transacciones de mercado debido a la tendencia a extender la condición de mercancía a nuevos aspectos de la producción y la actividad humana (por ejemplo, marcas, programas informáticos y material genético). El acceso a la información, los signos y los símbolos se vuelven aspectos importantes de las oportunidades vitales. 3) La proliferación de redes horizontales dentro y entre las burocracias de las jerarquías corporativas. La disminución de la transparencia de las relaciones jerárquicas. 4) El aumento de densidad de las relaciones sociales propiciada por la mayor posibilidad de acceso gracias a las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. 5) El aumento del consumo, especialmente de símbolos y servicios. La proliferación de estilos de vida e identidades sociales relacionadas con los estilos y preferencias de consumo.

de su reconstrucción, especialmente en los sectores de las manufacturas de alta tecnología y servicios, en forma de grupos de trabajo “flexiblemente especializados” (Piore y Sabel 1984). Otra consecuencia de esta especialización flexible es que los roles funcionales se desdibujan, aún más, la mayor fragmentación de las categorías ocupacionales y la mayor erosión de las carreras. Cada vez, más trabajadores del sector servicios sufren cambios laborales discontinuos y laterales, asociados también con la diferenciación de recompensas y condiciones laborales. Los factores cualitativos (entorno laboral, horario flexible, seguridad ecológica, exposición al estrés, etc.) se tornan consideraciones importantes, incorporándose así a los criterios cada vez más complejos y diferenciados a su vez de evaluación del estatus. Dadas las múltiples fragmentaciones laborales, la noción de una jerarquía social global se hace problemática. La diferenciación social desdibuja la estratificación social.

En las sociedades más avanzadas, la crucial importancia del consumo amplifica los efectos de la diferenciación social. El mayor nivel de abundancia supone una reducción del tiempo de trabajo y un aumento del tiempo que se dedica al consumo. También amplía el consumo conspicuo de las jerarquías socioeconómicas. Es más, como señala Jean Baudrillard (1988), este consumo se hace cada vez más simbólico e implicado en el proceso del orden social. Las clasificaciones que codifican el comportamiento y constituyen matrices de formación de grupos se alejan progresivamente de las relaciones de producción/trabajo, las necesidades materiales y los intereses. Los objetos de consumo, de naturaleza cada vez más semántica, comienzan a operar como sistemas autónomos de estructuración social. Dicha estructuración contribuye a la diferenciación social en vez de a la estratificación —porque las actividades suntuarias no se prestan fácilmente a evaluaciones consensuadas— y da lugar a formaciones débiles y variables.

La otra cara de la diferenciación social es el individualismo progresivo. Como sugirieron Durkheim y Simmel, es tanto la causa como la consecuencia de la diferenciación social. De acuerdo con Durkheim, el individualismo viene de la mano de la cohesión social “orgánica” y favorece la diferencia complementaria sobre la semejanza. Cuando la ideología liberal lo eleva al estatus de “metaprincipio” social, el individualismo socava aún más los proyectos colectivos, entorpeciendo así la formación de clases. En

una cultura altamente individualizada predominan los vínculos frágiles y efímeros sobre las uniones colectivas fuertes y duraderas y se hace difícil obtener y cultivar la solidaridad de grupo, salvo aquella a corto plazo y la defensiva. Por otro lado, el individualismo promueve la formación de asociaciones basadas en los vínculos frágiles, cuasiagrupaciones estilizadas, típicas de la industria de la moda. Sin embargo, más que estratificación, esto son aspectos de la diferenciación social.

La combinación de los procesos de diferenciación e individualización afectan a las pautas de relaciones comunitarias al promover el pluralismo de valores y estilos de vida. La mayor interpenetración de los sistemas de valores que impone el proceso de globalización ayuda y refuerza este proceso aún más. Los modelos de estatus y los sistemas subyacentes de valores son cada vez más complejos y están más expuestos a los cambios, con lo que son menos capaces de mantener jerarquías estables. Las antiguas agrupaciones de estatus están disminuyendo o están desintegrándose debido a que las exclusiones sistemáticas cada vez se aceptan menos. Si se forman nuevas comunidades de estatus, sus posiciones requieren un trabajo constante de negociación. Por lo tanto, se obstaculiza la formación de grupos de estatus. Predominan las formaciones localizadas, débiles e inciertas.

Se ha paralizado la ampliación de derechos sociales o del bienestar a la ciudadanía. Persiste, sin embargo, la proliferación de exigencias de derechos, sobre todo en los campos culturales y simbólicos, como el derecho a una representación digna y no estigmatizada en los medios. Esto indica de nuevo, que los sistemas de distancias sociales y discriminación que subyacen en la formación de grupos de estatus son cada vez más difíciles de legitimar y mantener. Se cuestionan la discriminación racial, étnica, por edad, por género, etc. en los ámbitos morales, políticos y simbólicos. Incluso se las cuestiona en el ámbito lingüístico, fenómeno que a menudo se critica como “corrección política”. Todavía constituyen relaciones y distancias sociales pero de forma subrepticia y local, salvo cuando están respaldadas por la religión, el derecho, la moral, las creencias populares o incluso las convenciones lingüísticas de corrección política. En otras palabras la ciudadanía liberal obstaculiza la estratificación de estatus pese a que las desigualdades en función del mismo persisten.

La democratización masiva opera de forma similar. Como predijo Weber, va adquiriendo una tendencia plebiscitaria o populista. La erosión de los *Volksparteien*, organizados incluyendo a los partidos de las grandes clases y la floreciente esfera de las nuevas políticas, han eliminado las limitaciones corporativistas de organización y articulación política. Con lo que se socava todavía más la formación social. Como muestran Clark y Lipset (2001), las pautas de asociación política se hacen independientes de las brechas sociales, así como de los antiguos conjuntos ideológicos de la izquierda y la derecha que habían surgido en el contexto del “conflicto democrático de clases”. La “nueva cultura política” lleva a la fragmentación política y a las alianzas a corto plazo, evidencia la “política de los asuntos concretos” y responde a las movilizaciones a corto plazo de movimientos de protesta en vez de a las brechas y las políticas de clases.

Conclusiones

Si el diagnóstico anterior de las tendencias posmodernistas es correcto, las desigualdades de clase y las divisiones de la época industrial seguirán cediendo terreno ante la desigualdad compleja. Dada esta tendencia, la relevancia del análisis de clases está destinada a disminuir aún más. No por ser incorrecto, sino porque se concentra en configuraciones sociales que están desapareciendo. Otras formas de análisis social más generales que aceptan las configuraciones mutables de la desigualdad pueden aportar a la Sociología herramientas analíticas y teóricas más adecuadas. Hemos identificado dichas herramientas en la herencia sociológica de Tocqueville, Durkheim y Weber. El análisis social elaborado sobre dichas bases teóricas encaja mejor que el análisis de clases en las “condiciones posmodernas” que se caracterizan por la creciente complejidad social, particulariza el concepto de clase y prescinde de la asunción de la primacía de la estructura de clases como columna vertebral de la estructura social y matriz de la estratificación social.

¿Qué estrategia es mejor: reconstruir y actualizar la teoría y el análisis de clases, como sugieren los otros autores de este libro, desarrollar un análisis social de la desigualdad y el antagonismo con bases más amplias como sugerimos aquí? ¿Cuál es más capaz de resaltar y explicar las configuraciones contemporáneas de la desigualdad y los antagonismos sociales? Toda-

vía no tenemos respuesta a estas preguntas y, considerando la naturaleza paradigmática de los modelos analíticos y teóricos, es posible que no la obtengamos en mucho tiempo¹⁷. En última instancia, el juicio definitivo probablemente venga tanto de la comunidad académica que contrasta la validez de las teorías de clase con las teorías no clasistas como de los profesionales de la política que adopten los modelos más populares y atractivos.

¹⁷ Véase el análisis de los paradigmas en oposición en Pakulski (2001).